

Poemas

por Walt Whitman

Estos poemas serán leídos con gusto por los jóvenes que son a la vez liberales y teósofos.

Reproducimos la noticia del traductor y dos poemas cogidos a la suerte:

Los poemas cuya adaptación castellana ofrezco a mis lectores fueron escritos entre los años 1854-1888. La primera edición de las *Hojas de hierba*, en modesto in octavo, no pasaba de cien páginas. El mismo Whitman, en su condición de antiguo tipógrafo, *compuso* su propia obra. (1).

El poeta que naciera en Long Island— isla situada frente a Nueva York— el 31 de Mayo de 1819, tenía entonces treinta y cinco años.

Estimulado por los ensayos de Emerson, había soñado muchas veces en una *forma* lírica— capaz de descender a los más nimios detalles cotidianos y de remontarse a todas las plenitudes espirituales—, sin caer en la prosa ni en la poética tradicionales.

Era un anhelo análogo al que describe Baudelaire en el prólogo de sus *Poemas en prosa*. La diferencia radica en los distintos temperamentos con que uno y otro tentaron su realización.

Cláusulas de ritmo clásico, y sobria adjetivación en el francés; frases grandilocuentes, redundantes y bárbaras en el americano.

Dicha *forma* no parecía tener más precedentes que ciertas jaculatorias de misales, algunas páginas aisladas de Chateaubriand, las sentencias del Kempis, los axiomas de los grandes pensadores— Pascal y la Rochefoucauld—, rápidos y musicales como versos, y sobre todo, los versículos de la Biblia, y de los fragmentos de himnos órficos y védicos, tal como circulan en las traducciones de los idiomas modernos.

La "gran Idea" que Whitman se había forjado acerca de cómo *debía ser* el

cantor de la democracia, no podía ser proyectada sobre las generaciones del nuevo mundo, después de deformarse a lo largo de las estrechísimas cañerías poéticas en boga.

Había que comenzar por romper los moldes de la métrica medioeval. Había que revolucionar el *antiguo régimen* de las retóricas, a fin de dar al intelecto americano la libertad de creación y de expresión, como otros le habían dado ya la libertad política y civil.

Para lograrlo era menester renunciar a la tradición poética europea; hacer tablarrasa de sus temas y de sus musiquillas verbales; volver a lo más antiguo, a lanzarse en lo desconocido...

Walt Whitman, guiado por su extraordinario instinto poético, remontó a las fuentes mismas de los grandes Evangelios verdaderas canciones de cuna de las razas.

"El bardo de la democracia", según él se consideraba, *no era un poeta más*. Debía ser el evangelista del Continente en formación, creador de valores nuevos, héroe, profeta y compañero de los hombres. Guía de los guías, consolador de los afligidos, pánico de los déspotas, maravilla de los niños, encanto de los jóvenes, amigo de las esposas, consejero de los padres, glorificador de la vida y de la muerte.

Para él, vivir no es conservarse, según entendía Schopenhauer, ni defenderse para no perecer, como postula Darwin. Vivir es desarrollarse—no a expensas de los demás y de sí—, como diría Nietzsche un cuarto de siglo después, sino de sí. Y ya que la vida individual arraiga en un substrátum egolátrico tanto más absorbente cuanto más imperiosa es la personalidad—hacer de suerte que el altruismo ilumine sus más sórdidas profundidades.

Walt Whitman llevaba en sí el afán de vida y de amor que Wagner encarnó en Sigfrido. Su genio floreció en plena juventud el grano de sabiduría que Fausto cosechara en la vejez: amar la vida sobre las imágenes de ella que se marchi-

(1) *Leaves of Grass* (Nueva York), Brooklyn 1855.